



MIEDO DE LA CIENCIA

La cosa comenzó con Frankenstein

27/02/2022 06:00

[\(Este artículo fue publicado en La Vanguardia el domingo 29 de marzo de 1970\)](#)

Desde luego, la gente de nuestro tiempo suele sentirse inclinada a “confiar” resueltamente en la Ciencia: en la Ciencia, con mayúscula, y sobre todo, en sus múltiples, bondadosos y prácticos artilugios. De eso no cabe la menor duda. La vida entera del llamado hombre civilizado discurre entre axiomas y máquinas cuyo origen se sitúa en las cátedras y en los laboratorios. No hará falta bajar al detalle de los ejemplos-recordatorio: antibióticos o trasplantes de vísceras, bombas nucleares o trastos electrodomésticos, Informática o lógica matemática... Ante tal y tan abrumadora avalancha de beneficios, el ciudadano normal y boquiabierto tiende a colocarse en una actitud explícita de reverencia. Más o menos, la que en la Edad Media dedicaba a san Roque, hoy la dedica a la penicilina, pongamos por caso, y salvando las distancias. Algún observador reticente se ha atrevido a calificarla de “superstición”. La “superstición de la ciencia” sería, en efecto, el distintivo de la época que nos tocó en suerte. El asunto se presta a lentos y complicados comentarios, por supuesto. Pero las apariencias, o unas ciertas apariencias, corroboran esa interpretación.

Sin embargo... Yo no lo veo tan claro. Reconozco que la multitud anónima y resignada de que formamos parte propende a la sumisión respetuosa, cuando el argumento o la ventaja de la Ciencia se le formula de manera taxativa. Dígase “superstición”, si se quiere. Pero resulta todavía más evidente el “recelo” que la “confianza”. Por un lado u otro —por muchos lados, al fin y al cabo—, esa presunta seguridad “cientifista” padece asaltos y aflicciones bastante considerables, en realidad, el vecindario tiene miedo de la Ciencia. Un miedo casi cerval: por lo menos, medieval. Para no abusar de la expresión, apuraré el matiz: una enorme masa de contemporáneos de la televisión y de los cohetes espaciales “teme” las últimas consecuencias del desarrollo científico. “Ciencia, sí; ‘ma non tropo””, es su cautelosa opinión. Y no acostumbran a pensar en las catástrofes nucleares, precisamente, cuando piensan así. Sus aprensiones son “anteriores” —conceptualmente anteriores, si vale el término— a la fisión del átomo para usos bélicos. Es un “recelo” mucho más profundo.

Quizá no fuese demasiado absurdo remontarnos a Mrs. Shelley, para definir con una tímida aproximación las Inquietudes “anti-científicas” a que aludo. Mary Shelley, la esposa del conocido poeta inglés, escribió un novelucho particularmente afortunado: “Frankenstein”. Lo escribió en 1816, durante unas veladas lluviosas de verano, pasadas en

un cómodo refugio de las proximidades de Ginebra. Para matar su inmortal aburrimiento, Shelley, Byron y algún contertulio menos ilustre, se entretenían inventando historias macabras. La señora Shelley inventó la suya, y la fijó en unas cuartillas. “Frankenstein” consiguió un importante éxito. Lo consiguió de entrada, en las ventas del libro impreso; pero más aún en una vaga posteridad, entre proverbial y cinematográfica. Frankenstein, el doctor Frankenstein, para los habitantes del Occidente literario de los últimos cien años, es “algo” tan consistente y serio como Fausto, Margarita Gautier, Carmen, Ben-Hur o Ivanhoe. Son “mitos” obviamente digeridos, aunque nadie haya leído el papel original. Frankenstein flota en la memoria de mi generación a través de Beia Lugosi, de Boris Karlof, o de Dios sabe quién (y me excuso de los errores ortográficos que haya deslizado en los nombres y apellidos de los beneméritos actores mentados...). La verdad es que los únicos nombres y apellidos que el Frankenstein del cine sugiere son los de Mary Shelley. Cosas de la vida.

Pues bien. Con su “Frankenstein”, Mary Shelley abrió el fuego contra la Ciencia. Tal vez la pobre señora no se dio cuenta de lo que hacía. O tal vez sí. Sentada junto al fuego, en las sobremesas nocturnas, pudo oír los mayores dislates de bocas tan conspicuas como la de su marido y la de lord Byron: estos dos insignes románticos “desconfiaban” de la Ciencia. Los románticos, en general, fuesen insignes o no, “odiaron” la Ciencia. Era su turno. El siglo XVIII, racionalista y limpio —relativamente racionalista y relativamente limpio—, constituía la instancia “antagónica” para ellos. Estaban en contra. No discutiremos si con razón o sin razón. Personalmente, sostengo que contra la “razón” no se puede estar ni ir con razón. Pero esto es secundario. Ellos estaban en contra, repito. Y de ahí surgió “Frankenstein”. La historia es archisabida: un joven “científico” descubre la forma de fabricar seres vivos mediante trozos de cadáver, y construye un monstruo forzado y horripilante. El monstruo en cuestión, una vez en marcha, se ve obligado a cometer crímenes ignominiosos. Las circunstancias que determinan su conducta maligna son secundarlas. Lo que importa es que una “creación” científica, a la larga, se convierte en absoluta encarnación del Mal. También con mayúscula: Mal.

Invito a mi lector a que haga las pertinentes comparaciones con los seriales televisivos o con las narraciones de “ciencia-ficción”, y —¡ay!— con no pocos relatos de “anticipación” firmados por excelsos intelectuales de marca solvente. Ya se sabe: el hombre, borracho de ciencia, ¡de Ciencia!, confecciona un robot, un cualquier artefacto prodigioso, y siempre, siempre, siempre, la cosa acaba como el rosarlo de la Aurora. El robot mata, destruye, corrompe, avasalla. Y detrás de su acción está la Ciencia. En la Edad Media, según la fábula posterior —“científica”—, el peligro venía del “aprendiz”: el “aprendiz de brujo” desencadenaba la calamidad, porque era un inepto; no se conoce ninguna hecatombe provocada por el brujo titular, competente y circunspecto. En nuestros días —comenzando por Frankenstein—, se desconfía del “brujo”: del “científico”. Desde su cátedra o desde su laboratorio, este extraño Individuo está en condiciones de provocar molestias angustiosas. Los humildes e ignaros peatones, que apenas hemos cursado otra cosa que el bachillerato, somos tiernamente susceptibles de quedar impresionados ante esa amenaza.

“Alguien”, evidentemente, desea indisponernos con la Ciencia. La Ciencia maternal, que nos provee de científicos, de reactores, de ibeemes, de pulmones de acero, de Apolos

XIII, de microsuros de Monteverdi, es “igualmente” una torva inminencia: la Inminencia de su rebelión contra el hombre. Otra mayúscula: el Hombre. Lo afirmaba ya Nietzsche, lo repetía Tolstoi, lo reiteran Toynbee, Malraux, Camus. Y muchos más, que prefiero olvidar. La “criatura” artificial —técnica, “científica”— se impone a quien la manufacturó: el robot es indócil. Lo vemos cada día en los films “ad usum Delphini”. Mary Shelley hace decir a su monstruo estas palabras decisivas: “Tú eres mi creador, pero yo soy tu dueño: ¡obedece!”. No ha progresado mucho el “anti-cientifismo” popularista, de cuño teleanqui. Los caricaturistas europeos, anarcoides o no, abundan en el tópico: los chistes a costa de la computadora insolente son innumerables. La “máquina”, obra humana, al servicio del hombre, se revuelve contra el hombre. Esto es lo que se nos quiere Inculcar. Que la criada —la criatura— nos ha de salir necesariamente respondona. O que existe ese riesgo.

Me atengo a las páginas de Mary Shelley. Cuando el doctor Frankenstein se entera de un primer homicidio en su familia, con la carambola de un falso culpable igualmente inmolado por los tribunales, ya da por sentado que la truculenta maniobra viene causada por su propia “ciencia”: por el “monstruo” que él inventó. No vacila ni un segundo en afirmarlo. No necesitó mayor confirmación. La esposa de Shelley deja escapar una frase sutil, retorcida, preciosa: “La mera presencia de la idea era prueba irresistible del hecho”. Jurídicamente, esto es una perfecta animalada. Sólo un romántico —en femenino, aquí—, osaría proferirla. Pero lo que me interesa destacar es que, en última Instancia, Mrs. Shelley ya presuponía la “idea” de culpabilidad al imaginar su novela: la culpabilidad del “monstruo”, o sea, la culpabilidad de la Ciencia.

De la tosca manufactura del doctor Frankenstein derivan todos los “monstruos” mecánicos con que se asusta a los auditorios de las pantallas grandes y pequeñas, y a los lectores de sociología polémica. Es la “idea”: “la mera presencia de la idea...” Se trata de que, en principio, ante cualquier eventualidad desgraciada, imaginemos la mano negra de la Ciencia. Eso es suficiente para atribuirle la responsabilidad del “hecho”. No importa que la relación de casualidad sea exacta o no. La Ciencia es el reo. La “superstición”, huelga decirlo, sigue su curso. Con el aval —aparte Mrs. Shelley y su “Frankenstein”— de...